

LARRETA HA VUELTO A ESPAÑA

Por EUGENIO MEDIANO FLORES

El recuerdo, por suerte o por desgracia, no es suficiente para la vida del hombre; si el recuerdo tuviera igual fuerza de satisfacción que la vida misma, el hombre podría resistir perfectamente su vida apartada, su soledad. Pero el recuerdo, a medida que las cosas y los hechos se alejan en el tiempo, se convierte, primero, en elemento deformador, difuminador más tarde, y acaba por hacérsenos angustioso ese no poder concretar aristas y contornos que nos fueron gratos, ni fijar perfiles humanos que nos fueron queridos. Y es entonces cuando se hace necesario el retorno, el volver a vivir lo que ya existió para nosotros, porque se nos iba perdiendo en su realidad y para que la sensación del reencuentro vigore sus trazos en nuestra alma con la efectividad de la presencia.

Así le ha sucedido a Enrique Larreta, el gran novelista «del estilo eterno», como le llamó Unamuno. Así le ha sucedido con España, que es el suelo y el paisaje donde verdaderamente se encuentra a sí mismo, donde su sentido literario

—tan cuajado de plasticidad que nos hace adivinar el pintor que también hay en Larreta—logra más razón y justo centro. Y le ha sucedido porque, como buen creador, no gusta de releerse, sino que precisa de sensaciones externas—del choque de su yo con las circunstancias—, que, al ser filtradas por su espíritu, revierten en nuevas obras. Si Larreta gustara de la lectura de sus propias obras, es posible que este viaje a nuestro país que ahora realiza no hubiera llegado a efectuarse; porque cuando, una por una, pasaran ante sus ojos las páginas de su *La gloria de Don Ramiro*, en ellas habría encontrado lo que con tanto afán vino a buscar a nuestra Patria: habría encontrado ese paisaje que necesita y que, en el recuerdo, se le esfumaba, porque Enrique Larreta es uno de los escritores que mejor ha sabido captar lo español objetiva y subjetivamente.

Se le difuminaba a Larreta Avila, la que él vió levantarse «en el oro húmedo y blanquecino de la mañana, como una pequeña Jerusalén»; se le perdía Madrid, pleno de rincones tradicionales, de lugares velazqueños y goyescos, que tanto gustaba de pasear con sus viejos amigos, muchos de los cuales no volverá a ver en este retorno, porque el tiempo, más tajante y definitivo que el recuerdo, los borró para siempre de la faz de la tierra. Y en este cortejo de personas, paisajes y cosas que se esfumaban—Toledo, Segovia, Salamanca...—se alejaba también algo que, al escapar, desalmaba a Larreta, le robaba el espíritu: se le iban Castilla y España, tras las cuales volaba lo mejor de su literatura y de su ser de escritor.

Y un literato temperamental, como lo es Enrique Larreta, no podía quedarse sin el fundamento de su escribir. Mas todo lo tenía allí, al alcance de su mano, en esa parte de la librería en que todo escritor coloca sus producciones. Allí está *La glo-*

ria de Don Ramiro, que traspira España por todas sus letras. Pero, sin embargo, eso nos podría haber servido a cualquiera menos a él. Es ley de todo creador encontrar sin sangre la obra terminada, porque se siente ya dentro de sí el pálpito fuerte de la venidera, que pugna por salir, por tomar ser en la realidad literaria.

Larreta necesitaba el paisaje de España—su paisaje—, y el retorno era inevitable. El ha dicho recientemente que «para ser buen argentino hay que sentirse primero buen español». Larreta lo es, reúne estas dos condiciones, y en ser buen español reside el misterio y el imperio de este retorno a su paisaje. Porque una de las cosas que más atan al español es su fuerte enraizamiento al paisaje de procedencia: todos los españoles—y Larreta lo es desde ese punto en que mejor puede serse: desde el espíritu—sentimos, al alejarnos de España, que hemos dejado el corazón enterrado aquí, en el mejor barbecho, y que tira de nosotros implacable. Tanto, que a veces —y de esto sabe Enrique Larreta más que nosotros, puesto que lo ha presenciado muchas veces allá, en su Argentina— se rompe el hilo de unión, la arteria por donde discurre el latido de España, y el español muere; muere de añoranza, de esa extraña enfermedad, para la que no existe otro remedio que el retorno, que los gallegos llaman «morriña» o «saudade».

Por eso Larreta, que, como español cien por cien, conoce los efectos tremendos de esta dolencia, al sentir la saudade de su paisaje no quiso morir de ella. No es, pues, asombroso para nosotros este viaje de hoy del gran novelista argentino; le esperábamos y ya se nos hacía larga la tardanza. Este viaje, para el cual habrá dado prisa a las maletas Doña Guiomar y severos consejos el inflexible canónigo Vargas Orozco.

Desde aquí, Avila, y en ella el Torreón de los Guzmanes —gran mirador donde un día de invierno naciera Ramiro—, le esperaban con la bienvenida del sol sobre sus piedras, como invitándole a la creación de un nuevo personaje que tome vida entre sus encrucijadas, mientras que «un sordo rumor de molinos y batanes suba desde el Adaja», como tantas veces llegara a los oídos de Don Ramiro.

